

¡Que No Se Detengan el Arpa, Cuatro y Maracas!

Nos remontamos a los acontecimientos de una tierra tan alejada como propia, el Delta Amacuro de Venezuela, lugar que es descrito por tener el calor de Maracaibo, el Río Orinoco, cuyas ramificaciones parten la tierra y unen a los integrantes de la etnia Warao, y ser hogar de las toninas, criaturas que, en su descubrimiento por los primeros marineros que avistaron el lugar,

llegaron a confundir con sirenas. Donde las hombres no se distinguen de las bestias y los animales puede hablar, tal es el caso de un guacamayo en particular, que se disponía a contar una historia a las nuevas generaciones, una noche de no olvidar que vivió cuando era cautivo de una familia de “por ahí”.

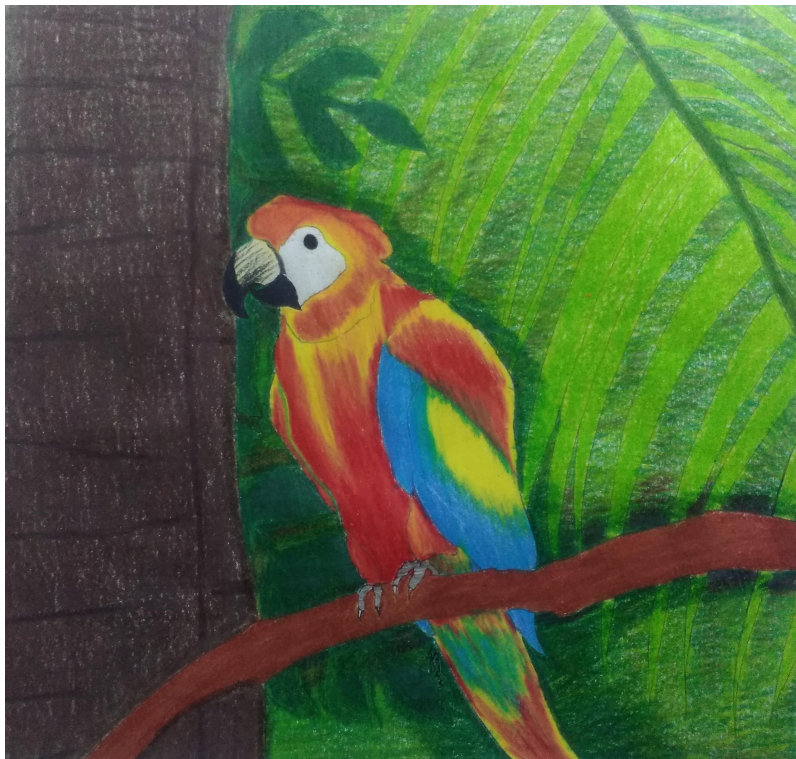


Ilustración: Labrador, Wiston.

En un pueblo donde todo el mundo se conoce y los secretos solo existen a

voces, cualquier acontecimiento era motivo de regocijo. Transcurría un día

en el que hubiera dado igual si el sol salía, pues resultaba que, todos los habitantes, viejos y jóvenes, ricos o pobres, bien queridos o indeseables, estaban en sus hogares alistándose para la noche, ya que, se celebraría la mayoría de edad de la señorita más bonita del Estado, hija del hombre más rico de la zona; así pues, la misa de la mañana no se dio, ningún local abrió y nadie en arreglos escatimó. Caída la anhelada noche, la vida resurgía en el pueblo, los vecinos se saludaban y juntos caminaban a lugar del festejo, donde el ambiente estaba servido y la música se escuchaba en vivo, en el centro de todo estaba la celebrada, y a su lado su enamorado, un recién graduado bachiller de Caracas, que de

mucho era el más avanzado, educado y sofisticado de los presentes, pero claro, eso no bastaba para que su suegro dejará de estar pendiente de cada uno de sus movimientos, una palabra errada y perdía un diente, una mirada a otra chama y un parche usaría por lentes y una mano fuera de lugar, era motivo de muerte. Sin embargo, todo marchó correctamente o así fue hasta que al lugar, donde se encontraban los jóvenes encantados, fue a parar uno de esos canallas que nunca faltan, un hombre de mala actitud y aún peor tez, que por el valor del licor, alzó la voz y bajo la excusa de un brindis exclamó:

Canalla: hasta que por fin tienes la edad para poder reclamarte como mi mujer, mucho he esperado ya, así que dejate querer -conforme recitaba tales palabras buscaba apartar al bachiller del lado de la señorita-.

Bachiller: espere usted, caballero, que no es hora ni lugar para tan malos chistes contar, a mi me podrá despreciar pero a la doncella la ha de respetar -sacando pecho se reincorporaba interponiéndose entre ambos-

Canalla: ¡Pretendes mi derecho negar! ¿Acaso tus títulos te enseñan a pelear? ¿¡ O no te das cuenta que aquí de nada sirve que sepas leer si no tienes la fuerza para un arma portar!?

El conflicto estaba presente y las ofensas dichas, el ambiente por un momento se congeló, y la música su ritmo cambió ¡El contrapunteo comenzó! 2 eran los peleadores y 3 los locutores... ¡El arpa, cuatro y maracas! Siguieron las coplas de esos hombres enemistados, la razón de uno degradaba el fulgor del otro, quien al ver que no le podía con palabras intimidar, buscó manera de terreno recuperar con violencia y más violencia para variar. Un primer golpe se vio, para lastima del bachiller él fue el último en hacerlo, cayendo rápido al suelo, totalmente indefenso.

Canalla: Así te quería ver, wino, sin nada que hacer, porque después de acabar contigo, a tu doncella la haré mi mujer -desenfundaba su revólver y lo amartillaba mientras se llenaba de cólera--

Así pues, dos tiros se escucharon esa noche. El primero fue por la espalda, certero y a matar, ya que, el padre de la señorita ya a ese canalla no pretendía aguantar, mientras que, el segundo fue una bala perdida del arma de aquel canalla, que se disparó

cuando calló, y para suerte del guacamayo el cerrojo de su jaula voló que, aprovechando el desconcierto del momento, a la fuga se dio. Lo curioso es que ese fue el único alma que salió despavorido del lugar, el resto del pueblo se acumuló para constatar los hechos, de algo tendrían que hablar mañana, por su parte, el sheriff declaró un desafortunado accidente; los compadres de aquel hombre ruin se llevaron como pudieron a quien recordarán como su compañero de cantina, y no tan de poco a poco, el ambiente se animó, al son del arpa, cuatro y maracas.

Labrador, Wiston.